mento deseado. Como el P. Antonio la preguntase si gustaría que su cuerpo fuese trasladado al monasterio de S. José de Ávila, respondió: *Jesús, ¿eso ha de preguntar, Padre mío? ¿tengo de tener yo cosa propia? ¿aquí no harán la caridad de darme un poco de tierra?* Parece natural que deseara fuesen allá trasladados sus restos, ya que en Ávila había nacido, y en la misma ciudad tenía su primera fundación; pero tan libre de propia voluntad estaba, y tan desapegado á cosas de la tierra se hallaba su corazón, que ni aun esto quiso se hiciese por propia elección; y dejándolo todo en manos de la Providencia, tan solo cuidó de aprovechar las horas que le restaban de vida, empleándolas en hacer actos de humildad, amor y agradecimiento.

Pasó toda la noche en amorosos coloquios con su Amado, y venida la mañana, echóse de un lado, mirando á las religiosas con un crucifijo en la mano, cual pintan á la Magdalena. De esta suerte estuvo unas catorce horas con grande quietud y paz, arrobada en altísima contemplación, notándose en el rostro maravillosas mudanzas de color, con señales de encogimiento y admiración, como si alguien le hablara, y ella respondiera. Antes de espirar, acercóse á ella Isabel de Jesús, que padecía mal de ojos, y recio dolor de cabeza, y tomando las manos de la moribunda Madre, púsoselas en la parte enferma, quedando al instante libre de todo mal.

Al cabo de las catorce horas dichas, durante las cuales permaneció en íntimo trato con Dios, que sin duda la convidaba como á la Esposa de los Cantares diciendo: Ven amada mía, paloma mía, date prisa, amiga mía, que ya ha pasado el invierno, y comienzan á aparecer las hermosas flores de la primavera de mi eternidad, alborozada y alegre, dando tres suaves y devotos gemidos, como de un alma herida de amor, entregó el

espíritu al Criador, quedando su rostro con aventajada hermosura, y resplandeciente como un sol. Tuvo lugar tan dichoso tránsito á las nueve de la noche del 4 de Octubre año de 1582, día de S. Francisco, de quien había sido muy devota (1).

No hay duda que asistirían á su muerte la Virgen Santísima y el glorioso S. José, como lo hicieron los diez mil Mártires, según se lo tenían prometido muchos años había; de lo cual dió testimonio Catalina de la Concepción, monja de singular espíritu y virtud. Estando dicha religiosa sentada en la celda de la Santa, junto á una ventana que daba al claustro, oyó un gran ruido, como de gente que venía muy alegre y regocijada. Vió que pasaban muchas personas resplandecientes, vestidas todas de blanco, las cuales entrando en dicha celda, se llegaron con grandes demostraciones de contento á la cama de la Seráfica Madre, y á esta hora, que eran las nueve de la noche, salió aquella bienaventurada alma de la cárcel de su cuerpo, y en medio de angélicos concentos fuése á gozar del descanso eterno.

También la V. Ana de S. Bartolomé, en cuyos brazos espiró la Santa, testifica, que era tal su pena al ver que se moría la cariñosa Madre, que parece se le arrancaba el alma. Estando con esta pena, vió al Señor á los piés de la cama, acompañado de multitud de santos que aguardaban el momento de llevar el alma de la bienaventurada Teresa á la gloria. «Estuvo, dice, un credo esta vista, que tuvo tiempo de mudar mi pena y sentimiento en una grande resignación, y pedir perdón al Señor y decirle: Señor, si vuestra Majestad me la quisiera dejar para mi consuelo, no lo desearé agora

(1) Aunque la Santa murió en 4 de Octubre, contóse á otro día el 15 por disposición del Papa Gregorio XIII, el cual en dicho año introdujo la corrección del Calendario, suprimiendo diez días que andaban sobrantes para la fijación de la Pascua.

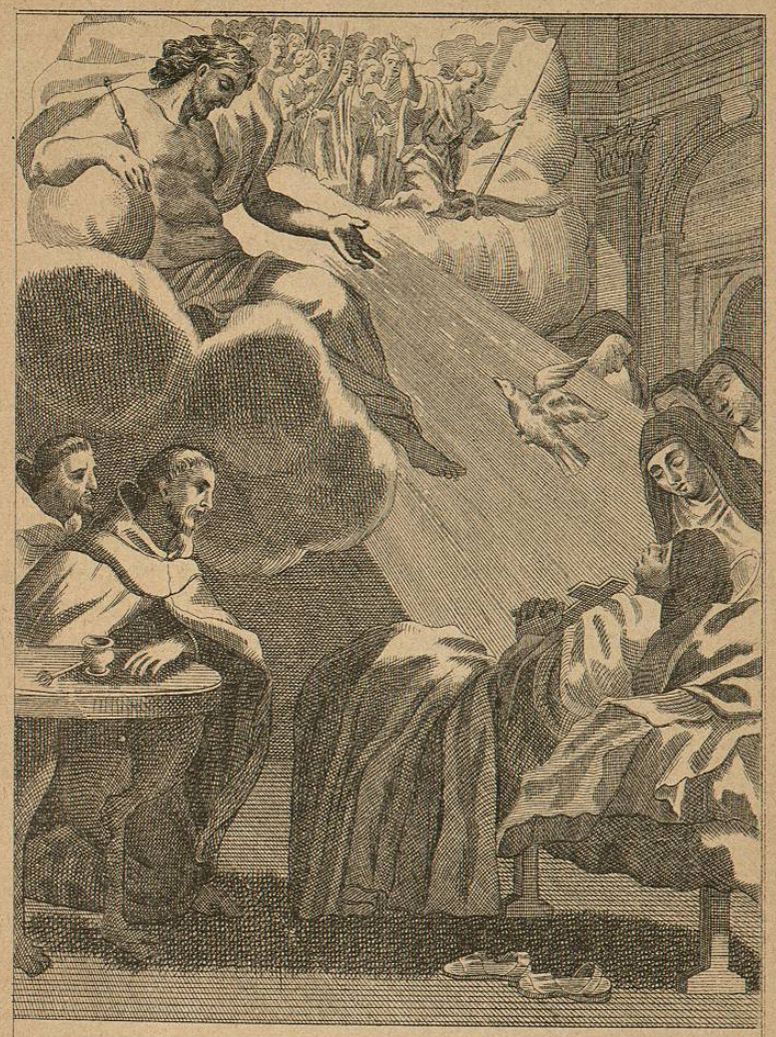
que he visto su gloria: y ansí os pido que no me la dejéis un momento acá. Y con esto espiró esta dichosa alma y fué á gozar de Dios como una paloma» (1).

Créese con fundamento que un grande ímpetu de amor de Dios fué el último golpe que causó la dichosa muerte de la Santa. Así lo dejó ésta, podemos decir, profetizado en el libro do su *Vida*, donde hablando de los efectos que en ella causaban los arrobamientos, escribe: «Yo bien pienso, alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida, que á mi parecer bastante es tan gran pena para ello, sino que no la merezco yo.» Sabemos que al morir acometióla un flujo de sangre, y nada tiene de espanto fuera efecto de haberse abierto la maravillosa llaga del corazón, causada por el dardo encendido del Serafín, había cerca de veinte años. Dicha herida, restañada milagrosamente en todo este tiempo, pudo renovarse al fin de la vida en uno de aquellos extraordinarios ímpetus de amor que tenía, en donde la naturaleza vióse obligada á sucumbir. Así cuenta la Crónica habérselo revelado la Santa el mismo día que murió á la Priora del monasterio de Veas, Catalina de Jesús, la cual se lo refirió al P. Gracián. Vióse ser cierta la revelación, porque antes que en ninguna parte se recibiera aviso, túvose noticia en dicho monasterio de la muerte de la Madre Teresa.

Antes del felicísimo tránsito de la Santa habían notado las religiosas de la casa de Alba ciertas señales extraordinarias que después conocieron haber sido presagios de lo que en ella aconteció. Algunas hermanas vieron repetidas veces una estrella muy grande y resplandeciente encima de la iglesia. Otra vió pasar junto á la ventana de la celda, donde espiro la di-

(1) Escrt. de S. Ter. t. II. p. 423.

· VIDA DE STA TERESA DE JESUS ·



Dichosa muerte de la Santa.

chosa Madre, un rayo de color de cristal muy hermoso. Más de una vez, estando las carmelitas en oración, antes que la Santa viniese á Alba, dejóse oir cierto misterioso gemido, pequeño y agradable, el mismo que ésta repitió momentos antes de morir. Un arbolito plantado en el patio delante de la celda de la Santa, amaneció en la mañana del día siguiente, al en que nuestra Madre subió á los cielos, cubierto de hermosas flores blancas; siendo de admirar que el tal arbolito nunca había dado fruto ni flor, y hallábase á la sazón sofocado por buen montón de escombros.

Cerraremos el capítulo, y también este segundo libro con la bellísima é interesante descripción que de la fisonomía y porte exterior de la Santa hace el Ilmo. Yepes. «Era la Santa Madre, dice, de muy buena estatura, en su mocedad hermosa, y después de vieja, de muy buen parecer. El cuerpo abultado, el rostro redondo, lleno y de muy buen tamaño y proporción; la color blanca y encarnada, y cuando estaba en la oración se encendía y ponía hermosa; los ojos negros, vivos y graciosos, y por otra parte muy graves; las cejas algo gruesas y llenas; la nariz pequeña, la punta algo redonda y un poco inclinada para abajo; la boca de buen tamaño, y bien proporcionada con el rostro. Tenía en él tres lunares que caían al lado izquierdo, que le daban mucha gracia: uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y otro debajo de la boca. En todo su semblante era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban, era comunmente muy agradable. De los ojos y frente parecía algunas veces que la salían como rayos de resplandor y luz, que la hacían respetar á los que la miraban» (1).

(1) Vid. de S. Ter. t. I. p. 477.

El P. Gracián añade por su parte: «Nuestra Beata Teresa no fué en su tiempo fea de rostro; que, aunque algunos retratos suyos, que andan por ahí, no muestran mucha hermosura, es porque se retrató siendo ya de sesenta años. Y yo, por mortificarla (siendo su Prelado) mandé que la retratase un fraile lego, llamado Fr. Juan de la Miseria, que en el claustro del convento de monjas de Sevilla estaba haciendo pinturas, y no era muy buen pintor; que de otra manera no hubiera retrato suyo, ni ella ni yo consintiéramos la retratara nadie (1). Tenía hermosísima condición, tan apacible y agradable, que á todos los que la comunicaban y trataban con ella, llevaba tras sí, y la amaban y querían, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables, que suelen tener algunos *santos crudos*, con que se hacen á sí mismos y á la perfección aborrecibles» (2).

(1) Cuéntase que la Santa al ver su retrato dijo con mucha gracía: *Dios te lo perdone, Fr. Juan; que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa.* Dicho retrato original consérvase en las Carmelitas Descalzas de Valladolid. El Sr. Herrero apunta en el Prólogo á su obra ya citada del Camino de Perfección, las razones que le mueven á creer sea el de Valladolid el lienzo pintado por el bendito Fr. Juan de la Miseria.

(2) Escrit. de S. Ter. t. I. p. 374.

LIBRO TERCERO.

Llegóse por fin el tiempo de recoger el fruto de la virtud por tantos años practicada, y la Santa engolfada en el inmenso piélago de la hermosura y de la gloria, goza del sumo bien apetecido, sin peligro de nunca perderle. Hasta ahora la hemos visto ocupada en aquilatar las virtudes adquiridas, y en mirar solícita y sin descanso por las cosas del servicio de Dios y bien de las almas. Con la ayuda poderosa de lo alto consiguió ver fundados diez y seis conventos de monjas y catorce de religiosos. Ella fué el alma y vida de la Descalcez Carmelitana; y con fe viva, y celo ardiente y constancia á toda prueba, dió cima á la grandiosa obra de la Reforma. De esta Reforma, plantel de almas esforzadas y generosas, diametralmente opuesta á la que el apóstata Lutero y sus secuaces se empeñaban en estender por Europa, brotarán infinidad de vírgenes para con su oración y penitencia, servir de sostén y aliento á los que en la Iglesia Militante se emplean en ganar almas por medio de la predicación y enseñanzas de las buenas doctrinas.

Mientras la Madre Teresa permaneció en este mundo, sirviendo de instrumento á los designios del Altísi-